

PARALIC
Osteo**lipo**maquia

Reg. prop. intelectual N° 345455

*Si en seis mil años la guerra
Reinó entre pueblos peleadores,
¿Para qué entonces Dios se emperra
en hacer estrellas y flores?*

Victor Hugo, *Canciones de las calles y los bosques.*

*Para algunos serás caricatura,
Pues no captan, de carne embriagados,
La elegancia sin par de la humana armadura.
Mas tú, esqueleto, eres de mi agrado.*

Charles Baudelaire, *Danza macabra*.

PRÓLOGO

Personajes:

Un viejo

Niño I

Niño II

(Los niños pueden estar representados por muñecos o títeres con voces en off)

Un viejo sentado en una silla, a la izquierda del proscenio; dos niños a sus pies. Ropa atemporal. Iluminación cenital poco intensa.

Viejo.- Hacía poquísimos tiempo
 que, luego de grandes esfuerzos,
 finalmente se había logrado
 la paz mundial. En prosa y verso
 este triunfo era celebrado
 como el más importante acierto
 en la historia de la humanidad
 (que historia mejor podríamos
 llamar, debido a la cantidad
 de crisis que la sacudieron).
 Tranquilamente vivíamos
 en universal armonía.
 Justicia y equidad reinaban:
 logros que nunca se dieron
 cabalmente en eras pasadas.

Niño I.- ¿Y mantener eso se podía?

Viejo.- Sí, porque nadie deseaba
 lo que su vecino poseía.

Niño II.- ¿Y las guerras de religión?

Viejo.- De los dioses de cada nación
 los principales atributos
 se tomaron y se instituyó
 de un Dios Supremo el culto.
 Y fue llamado Akenatón,

homenaje al egipcio aquél
que el politeísmo abandonó.

Niño I.- ¿Y por qué se pudrió ese vergel?

Viejo.- Recogíamos ya los frutos
del flamante estado de cosas,
cuando las mujeres de nuevo
encendieron de la discordia
el tan aborrecido fuego
y una tontería desató
cien contiendas desastrosas.
¡Adiós la divina concordia!
Un nuevo conflicto dividió
al mundo, y otra vez la guerra.
De las mujeres la vanidad
volvió a causar grandes males.
Además de su curiosidad
y de su lujuria fatales,
este defecto a la humanidad
sumió en una suerte perra.
Eva, Lilith, Pandora, Helena

Aparecen muñecas que personifican a estas mujeres fatales.

- por no citar más que unas pocas -
con sus actitudes tan locas
volcaron torrente de penas
sobre nuestras pobres cabezas.

Niño I.- ¿Qué hicieron ahora las nenas
jodiendo a todo el planeta?

Viejo.- Típica cuestión de tetas:
al contemplarse en el espejo
como de ordinario acostumbran,
les agarró un fuerte complejo

que sus almas apesadumbra:
sus físicos no se parecen
a lo que se muestra en la tele.
Y por alcanzar enloquecen
esos bracitos de pelele,
esas piernas como palitos,
esos omóplatos salientes,
una percha bajo la nuez
y el costillar bien saliente,
para poder jactarse después
de pesar cuarenta kilitos.
Como esa escuálida Barbie
muchas mujeres soñaban ser;
guerra a las grasas hubo que hacer:
dietas, gim, más inhibidores
del apetito proliferan.
Detrás de ellas van los señores,
que también se desesperan
por conservar una silueta
más que adolescente, infantil.
Un cuerpo de asceta, sutil,
casi ingrávido, es la meta.
La tierra se llenó de flacos
y la reacción no se hizo esperar:
los corpulentos y los tacos,
las obesas y las llenitas,
y quienes llegaban a pesar
por encima de los sesenta
sin importarles un ardite,
tomaron como una afrenta
que se los fuese a discriminar;

satisfechos con su grasita,
no la querían sacrificar
privándose de esos convites
sabrosos y gustirrinines
que acostumbraban a brindarse
con mucha frecuencia, a los fines
de afrontar sin debilitarse
de la vida los vendavales.

Empiezan las burlas fatales
por parte de uno y otro bando;
primero agresiones verbales,
pero que se van transformando
pronto en callejeras peleas
que involucran a la ralea
de ambas partes, con resultados
sangrientos para los dos lados.

Niño II.- ¿Quién iba ganando, abuelo?

Viejo.- Al principio no se sabía,
porque quedaban en el suelo
- asesinándose a porfía -
bulímicos y anoréxicos.
La política entra a tallar,
las facciones se hacen partidos
que el poder pugnan por alcanzar;
si antes estaban divididos,
ahora ya no hay vuelta atrás.
Los que gobiernan se la juran
a la oposición y sin más
los persiguen si ellos no abjuran
de su físico y mentalidad.
Entronizados en el poder

en la mayoría de los países,
los flacos pasarán a ejercer
una despótica autoridad,
obligando a un duro exilio
a todos sus opositores.
Para encontrar algún alivio
a tan injusta situación
y enfrentar a los opresores,
los gordos forman coalición
y así queda constituido
el reino de Lipolandia.
Nuestro mundo en dos escindido
con, enfrente, Osteolandia.
Ambos reinos se odian a muerte.
Del humano cambió la suerte:
todas son luchas y peleas,
los atentados menudean.
En resumen, la horrible guerra
asoló de nuevo la tierra.

A C T O 1

Personajes:

Pluma de Ángel, princesa de Osteolandia

Pluma de Colibrí, amiga de la princesa

Pluma de Golondrina, otra amiga

juraría que a chanco apesta.
 Pluma de Ángel.- ¡Uy! ¿Se habrá dado cuenta, chicas,
 (Astrea) que no somos de Lipolandia?
 P.de G.- No obstante los grandes sombreros
 que nos disimulan la cara
 y aguantan examen ligero,
 bastaría acercársenos para
 descubrir que de Osteolandia
 venimos.

P.de C.- ¡Y está prohibido!
 P.de Á.- Se manda para acá, ¡en guardia!
 Celadón (*galante,* ¡Oh Febo! ¿De noche has salido?
a la pseudo Astrea).- ¿O es la luz de la bella Diana
 que alumbra esta noche oscura?
 Esa luz de tus ojos mana...
 ¿Quién eres, hermosa criatura?

P. de Á (*a sus amigas,* Junen qué flor de pelotudo,
por lo bajo).- vamos a reírnos un rato.
 (A Celadón) Mis padres me llaman Astrea.
 Celadón.- Con un nombre tan linajudo
 imposible, claro, ser fea.

P.de Á.- Yo no puedo, por más que trato,
 entender todo lo que decís.
 A ese Febo no lo conozco
 y si se fue de marcha el loco,
 ¿qué cazzo me reclamás a mí?
 Y a la Diana con su linterna
 en mi puta vida yo la ví.
 No curtimos el mismo barrio:
 usted con otra gente alterna,
 señor...

Celadón.- Ni yo te entiendo mucho.
Pero el príncipe soy Celadón.
P.de G.(*aparte a P.de C.*) El príncipe, tamaño huevón?
P.de C. (*a P.de G.*).- ¡Tiene una trucha de otario!
P.de Á. (*a sus amigas*).- Ay, amigas, ¿qué es lo que escucho?
(*A Celadón*) ¿Hijo mayor del Emperador?
¿Herederero de la corona?

Celadón.- El mismito que viste y calza.

Se acerca Silvandro y llama aparte a Celadón.

Silvandro.- Escucha, amigo, por favor:
esas pastorcitas son falsas.
Acabo de descubrir que Astrea
es la hija de nuestro enemigo.
Se infiltraron para burlarse.
¡No hagas caso a tus hormonas!
Si la sucesión ambicionas
y no quieres ser el testigo
del ascenso de tu hermano,
desenmascara a esa Medea,
a esa bruja y sus secuaces.
¡Pon atención a lo que haces!
¡Que ellas no puedan ufanarse
de escamotear sus huesos sanos!

Durante el parlamento de Silvandro, las tres jóvenes se escabullen prestamente. Decepción de Celadón. Silvandro llama a los guardias.

Escena 2

Celadón recorre el salón donde todavía se ven vestigios de la fiesta de la noche anterior.

Celadón.- Aquí te vi por vez primera,
trampa mortal para mis ojos.

De mí sólo quedan despojos
ardiendo por una quimera.
De una pastora la apariencia
adorable como ninguna
me atrajo hacia ti, importuna;
al diablo mandé la prudencia
que un Delfín nunca debe olvidar.
¿Por qué me tuve que descuidar?
¡Muy caro lo estoy pagando!
¿Existe algo peor que ignorar
cómo es lo que se está amando?
¿Cuál es su verdadero aspecto,
despojada del gentil disfraz?
¿Resistiría yo el efecto
de ver lo que se oculta detrás?
Debo despejar esta duda.

Silvandro entra antes de que Celadón termine su parlamento.

Silvandro.- Creo que te afecta la cruda
por beber demasiado anoche.
Lo que has dicho acabo de oír
y no sé si de risa morir,
o si agobiarte de reproches.
¿Te enamoras de un simulacro?
Déjame pensar que es un juego.
A mí me parece bien magro
el placer que de eso se obtiene.
Basta de soñar, te lo ruego,
los ensueños no te convienen.
De un gran monarca eres el hijo:
como heredero te bendijo
el Supremo Bonzo de Buda

y no fue para que ahora eludas
tu deber. ¿No hay en Lipolandia
mozas de linaje y hermosas,
para que vayas a Osteolandia
en procura de peligrosas
aventuras? Despierta, amigo.

Celadón.- No quiero hacerlo. Y contigo
cuento para ayudarme a entrar
al territorio enemigo.

Silvandro.- Ay, Celadón, ¿qué vas a intentar?

Escena 3

Los aposentos de Pluma de Ángel en el palacio del emperador de Osteolandia. Habitación decorada con grandes posters de modelos y cantantes esqueléticos. Perchero en forma de esqueleto estilizado.

P.de Ángel (*bostezando*).- Estoy reaburrída, P.de C.,
decime qué podemos hacer...

Pluma de Colibrí.- ¿Si jugamos con los videos?

P.de Á.- De los que tengo ya me cansé.
Si no hay algo nuevo para ver...

P.de C.- Tal vez éste avive tu deseo:
es uno de esrachar gorditos.

P.de Á.- Flaquita, me hiciste acordar
de nuestra aventura de anoche.

P.de C.- De coraje hicimos derroche.

P.de Á.- ¡Por suerte pudimos escapar!

P.de C.- Si llega a enterarse tu viejo...

P.de Á.- Me mata...Pero ese pendejo...

P.de C.- ¿Te referís al rellenito
que te habló? ¿al real boludito?

P.de Á.(*riéndose*).- ¡Un asco! Vestido de pastor,
 con esas gambas como hinchadas...
 Y las costuras del pantalón
 por la gordura reventadas...
 P.de C.- ¿Viste qué mofletes tenía?
 P. de Á.- Globitos rojos parecían.
 P.de C.- ¿Y el estómago bien inflado?
 P.de Á.- ¡Fea grasa por todos lados!
 P.de C.- ¿Te lo imaginás desnudito...?
 P.de Á.- ¡Qué asco, me muero de la impresión!
 P.de C.- ¿la zapán, los cantos, el pito...?
 P.de Á.(*grita*).- ¡Basta!;Se me para el corazón!
 P.de C.- Un chipote grueso, grandote,
 ni parecido a los de acá...
 P.de Á (*ojos soñadores*).- Ay, P.de C., qué despelote...
 ¡Que me lo estoy imaginando!
 Y creo que me está gustando...
 ¿Tal como lo describís será?
 P.de C.- Seguro, ponele la firma,
 y esta foto te lo probará.
 Decime si esto no confirma
 la cuestión del gran chipote.

Ha sacado de su bolso una foto pornográfica que muestra a la princesa; la contemplan largamente con las cabezas juntas, entre risas y exclamaciones.

P.de Á.- ¡Bárbaro! ¿Cómo la obtuviste?
 P.de C.- Me la pasaron en la escuela.
 A veces aparecen, ¿viste?
 No se sabe de dónde vienen,
 pero mucho nos entretienen,
 mirándolas el tiempo vuela.
 P.de Á.- En mi cole eso no sucede,

es una manga de aburridos.

P.de C.- Me dijeron unos amigos
que con ciertas claves acceden
a sites donde uno puede
ver todo lo de Lipolandia.

P.de Á.- ¿Y vos creés que ese Celadón
lo tiene así, como en la foto?

P.de C.- Aparentemente en ese país
son de portar pito bien grosso,
pero no sé si tal condición
se considera sine qua non.

P.de Á.- A mí me pareció un infeliz.

P.de C.- Que tus pensamientos ocupa...

P.de Á.- Y bueno, en algo hay que pensar.
¿Querés alcanzarme la lupa
para chusmear más en detalle
la foto?

P.de C.- ¿Te querés ratonear?

P.de Á.- Sí, luego agarramos la calle
y a divertirnos comparando
con lo que vamos encontrando.

P.de C.- Pero los men están vestidos...

P.de Á.- Nos fijaremos en el bulto.

P.de C.- A poquísimos se les nota:
si se considera un insulto
a las costumbres que acota
nuestra moral. Los pervertidos
sólo a eso se han atrevido:
su cosa sugiere un alambre.

P.de Á.-

¡Y otra vez sopa, che, qué hambre!

Escena 4

El parque de la residencia imperial. Es noche cerrada. Celadón y Silvandro avanzan hacia el palacio, cubiertos por amplias capas negras y alumbrándose con linternas.

Silvandro.-

Muy arriesgada es esta empresa,
en ella peligra la vida.

Pero no os digo más, Alteza.

Como súbdito os la debo:
se llama obediencia debida.

Celadón.-

Cual hermano es que me atrevo
a solicitarte este favor.

Silvandro.-

Que yo considero un honor.

Celadón.-

Igual que Pílates y Orestes,
a Eneas y Acates iguales,
que mi afecto te manifieste,
que te repita lo que vales
para mí, es innecesario.

Silvandro.-

Hasta la muerte te seguiría
si tú lo crees necesario
y junto a ti combatiría,
como Patroclo junto a Aquiles.
Pero...

Celadón.-

¿Pero qué, leal amigo?

Silvandro.-

Que es hija de nuestro enemigo,
que eres responsable de miles,
de millones de compatriotas.
Si la guerra de nuevo explota,
causada por el caprichito
de un corazón adolescente...

Celadón.- Te lo dije y te lo repito
y grábalo bien en tu mente:
esto no es capricho, es amor.
A mis sentimientos traidor
sería, si no los siguiera.

Silvandro.- Que sea, pues, como tú quieras.
Mi deber es aconsejarte
y las consecuencias mostrarte
de tus actos irreflexivos.
¿Has pensado ya en el enojo
de tu padre y en los castigos
que tu acción te puede acarrear,
si así obras a tu real antojo?

Celadón.- En tales minucias reparar
es de corazones valientes
impropio. Intrépidamente
tengo que acercarme a mi amada.

Silvandro.- Tu razón está obnubilada.
¿Y su verdadera apariencia
no te causará desilusión?
¿Valdrá la pena esa experiencia,
al punto de perder la vida
o de quedarnos como caución,
en Osteolandia rehenes,
por quién sabe qué concesiones
a nuestra patria exigidas?

Celadón.- Silvandro, basta de sermones.
Mira, ya estamos por llegar
a los jardines del palacio.

Silvandro.- Te ruego que avances despacio,
algún guardia podemos hallar.

Silvandro escala un muro bajo y ayuda a Celadón; permanecen unos minutos a horcajadas sobre él.

Celadón (*señalando una ventana iluminada*).- Ésa debe ser la ventana de mi amor.

Silvandro.- ¿Y cómo lo sabes?

Celadón.- ¿No oyes la música gitana que nos llega desde allí? Aves graznando me parece escuchar: es la música osteolandesa.

Silvandro.- ¿Por qué gitana la has llamado?

Celadón.- De aquellas gentes la extrañeza pretendí solamente evocar. No la he oído en ningún lado. Pero bajemos de este muro y acerquémonos a su fuente.

Silvandro.- Felizmente está muy oscuro, no se gasta mucho en corriente.

Saltan a tierra.

Celadón.- ¡Oh! ¿Qué veo, dioses benignos?
¡Mi Astrea se asoma al balcón!
De buena fortuna es un signo.

Silvandro (*aparte*).- Se llama Pluma de Ángel, huevón.

Celadón.- Espérame aquí, escondido,
y silba si alguien aparece.
¡Esta llama en mí crece y crece!

Silvandro (*aparte*).- ¡Ay, Celadón, estás perdido!

Escena 5

Balcón del dormitorio de Pluma de Ángel. La princesa lleva un amplio camisón que disimula su flacura.

Pluma de Ángel (*cantando*).- La noche está buenísima,
rebuena – rebuena – rebuena,
pero si hubiera luna llena,
más romántica sería quizás.

Celadón (*cantando*).- De mis pobres oídos solaz,
al balcón sales, bellísima,
iluminando la negrura
de la noche con tu hermosura.

P.de Á.- ¿Quién anda ahí? ¿Qué es esto?
¿Quién chamuya en lengua extranjera?
¿Tendré que llamar a los guardias?
Ordenaré que vengan presto.
Seguro juegan a las cartas
en un rincón la noche entera
y chupando birra sin parar.
¡Una porquería el servicio!
Ni siquiera se puede confiar
en la guardia del emperador.

Celadón.- ¡No los llames, ángel, por favor!
Que yo me pongo a tu servicio
para lo que gustes mandar.

P.de Á.(*en voz baja*).- Yo a esa voz la reconozco...
¡¿No?! ¡Es el príncipe boludo
que conocí allá en Lipolandia!

Celadón.- Logré infiltrarme en Osteolandia
y no quiero pasar por tosco
ni por incivil ni por rudo
sorprendiéndote así, reina mía.
Aquestas flores quería darte,
que empalidece tu cercanía.

Le muestra un ramo que traía bajo la capa.

de contemplarla, me pregunto.
P.de Á.- Cortala, estás aquí y punto.
(Provocativa) ¿Qué podemos hacer ahora?
Celadón.- Cual Romeo apenas me atrevo
a contemplar a mi Julieta.
P.de Á.- Bobo, ¿quierés una receta?
¿mi cercanía no te acalora?
De los que nombrás me chupa un huevo,
por acá no los conocemos;
seguro son gordos y feos
y compararnos no queremos
con fofos de obesidad reos.
Yo me llamo P.de Á., ¿viste?,
soy Reina de Belleza Magra.
A cualquiera no se consagra
con tal título en este país:
comí sólo brotes de alpiste
a lo largo de un año entero,
sin permitirme ni un desliz.
Te digo, fue un poco fulero,
pero a los treinta y siete llegué
y en el concurso fácil gané.

(Con orgullo) Tocá: ni siquiera una curva.

Celadón alarga tímidamente un brazo y palpa el cuerpo de P.de Á. a través del camisón.

Celadón.- Debo confesar que es sensación
hasta ahora desconocida
y que fuertemente me turba.
No experimenté en mi vida
con mujeres tamaña emoción.
A los huesos los conocía
por tratados de anatomía;

en la realidad me es dado
ahora...

Se entusiasma recorriendo las angulosas formas de P.de Á.

P.de Á.(*aparte*).- Bué, no es tan tarado
como parecía, menos mal.

(*A Celadón*) Pasa que estás acostumbrado
al sebo.

Celadón.- Es un cambio abismal.

P.de Á.- Abrazarte tal vez podría
y así luego les contaría
a mis amiguitas cómo es
el físico de un lipolandés.

Celadón se abre la capa, ambos jóvenes se abrazan y comienzan a explorarse.

Celadón.- ¡Uy, mi ángel, qué filoso!
Parece la cresta de un risco.
Ahora me caigo en un foso...
¿Y los pechos...? No los encuentro...
Ah, son apenas un atisbo:
dos limoncitos brasileros
con una perlita en el centro.

P.de Á.- Mis dedos se hunden por entero
en toda esta carne. ¡Qué lomo!,
con justicia se puede decir.
Si aquí hay huesos, ni por asomo
a mi tacto se dejan sentir.
Y ni señales de músculos,
es todo redondo y blandito.

Celadón(*hablando de los pechos*) La verdad que son minúsculos,
cabén ambos en una mano.
Pero sería yo un villano
si de este momento bendito

la poesía no apreciara.

P.de Á.-
 ¿Y esto? Parecerían las tetas...
 ¡Las tiene más grosas que yo!
 ¡Los ratones se me disparan!
 Y no me tomé ni una anfeta...

Celadón(*acariciándole los costados*)
 De dura cárcel prisionero
 tu tierno corazón palpita,
 ¡cuántas costillas como rejas
 lo custodian, diosa Afrodita!

P. de Á.-
 No me chamuyes extranjero
 que yo no cazo ni una pepa.
 Y en diosas acá no creemos,
 sino en Cristo, el Flaco Divino
 que no pesa más de sesenta,
 con esa cara macilenta
 y ese cuerpo magro en extremo.
 Ante otros dioses no me inclino.
 Pero...¿qué estás haciendo, loco?

Celadón.-
 Tu vientre planísimo toco
 - tibio valle entre dos barrancas -
 ángulo recto de tus ancas...

P.de Á.(*se aparta, enojada*).-
 Las ancas las tendrá tu abuela.
 Pará, si de joder es el plan,
 hablemos también de tu zapán.
 Gordito, aunque esto te duela,
 a mí me parece posta un flan
 y para nada dietético.
 Vos debés estar diabético.

Celadón.-
 Princesita, no te sulfures,
 es un lenguaje poético.
 A retirarte no te apures.

La toma de la cintura, ella se resiste, pero al fin cede y se abrazan de nuevo. Celadón acaricia la espalda de P.de Á., más precisamente su espina dorsal.

Celadón.- Eslabones de la cadena
que vertebra mis esperanzas.

P.de Á.- ¿A vos no te falla la antena?
No sigas hablando en difícil,
si querés que me quede mansa.
“Vértebra” va con un acento
y no sé qué vienen a hacer
tus esperanzas en el cuento.

Celadón.- Calla y bella limitate a ser.

P.de Á.- Che, el culo me estás tocando...

Celadón.- Cesó, si te está disgustando.

P.de Á.- Quiero y no quiero, qué indecisión...

Celadón.- Lo interpreto como aceptación.
Éstas como esponjas que palpo,
de las sensuales redondeces
que adornan a Venus con creces
poco tienen, pero no salgo
de mi asombro, pues me excitan
aunque sean tan, tan chiquitas.

P.de Á (*acariciando las nalgas
de Celadón*).- Pibe, ¡vos sí que tenés cantos!
Nunca ví nada semejante.

Celulitis que es un espanto
adivino en esas carnes
y dudo en seguir adelante.

(*Aparte*) Pero ya es demasiado tarde:
la raja me está acariciando...
¡qué dulcísima sensación!

Celadón.- En húmeda quebrada entrando
bordeada de vegetación,

P.de Á.(*aparte*)

¡el vellocino de oro encontré!
¡mis dedos en él se enredan!
Fuerzas a mí ya no me quedan
para resistir. Aunque obeso,
a él me entrego, suya seré.
Pero, madre mía, ¿qué toco...?
Ay, ¿qué es este bulto tan tieso?
¿Portará una como en la foto...?

Escena 6

Pluma de Ángel y Celadón, que duermen abrazados en la cama de la princesa, despiertan con los golpes en la puerta de la emperatriz Pluma de Perdiz.

P.de P. (*gritando*).-

¡P.de Á.! ¡P.de Á.! ¿Por qué te encerrás?
Ya sabés que eso no me gusta,
son cosas que a una madre asustan.

P.de Á.(*gritando*).-

Estoy durmiendo, ¡no me jodás!

(*en voz baja a Celadón*)

Te dije que cantaba el gallo...
y vos, dale, planchando oreja.
Te dije que vendría mi vieja,
más madrugadora que el ave.
Menos mal que cerré con llave.

Celadón.-

¡Por Zeus! Que me parta un rayo
por fingir que era el ruiseñor,
para quedarme más contigo.

Se levanta y se viste apurado, mientras la madre sigue golpeando.

P.de Á. (*desde la cama*)

¡Apurate! ¡Rápido, amor!
Hacé caso a lo que te digo:
¡si te agarran aquí, te matan!
Aprovechá para escaparte
mientras hay chance de zafarte,

la guardia apoliya todavía.
Yo me muero si te maltratan.
Celadón.- No te preocupes, el día
aún no rompió. Adiós, mi flor.
Le tira un beso con los dedos y escapa por la ventana.
P.de Á.- No... hasta pronto, dulce señor.
Pero qué boluda, ¿qué hago...?
Su lenguaje me ha contagiado.
Se pone un deshabillé y corre a abrir la puerta.
P.de Á.(bostezando) ¿Qué pasa, ma? ¿Hay un incendio?
P.de P.- Como oímos ruidos extraños
anoche, vine a ver si estás bien.
P, de Á.- ¿Y para eso me has despertado?
Ya no se puede ni ir al baño,
que a una la controlan también.
P.de P.- ¿Estabas descompuesta, hija?
Me pareció escucharte gemir.
P.de Á.- Un fuerte dolor de barriga.
P.de P.- ¿Y por qué no me hiciste venir?
¿Por qué llaveaste tu puerta?
P.de Á.(aparte, sonriendo) No miento al hablar de barriga,
solamente al hablar de dolor.
(A su madre) Me creerías medio muerta
al verme pálida, sin color:
me está por bajar el asunto.
P.de P.- Ah,¿se trataba de eso, nena?
¿de la periódica condena?
P.de Á.- Ahí estaba la cosa, punto.
P.de P.- Pero a nosotras no nos viene,
ni una osteolandesa la tiene.
Sería raro, ¿no te parece?

Habría que consultar al doctor.
P.de Á.- De la naturaleza un error.
No creo que a nadie interese,
salvo a mí. No me jorobes, ma.
P.de P. (*alarmada*).- ¿No estarás engordando, P.de Á.?
P.de Á.- ¡No! ¡Cruz diablo! ¡Vos estás loca!
Redieta, por lo que a mí toca.
Mandame a mi nana,¿puede ser?
P.de P.- ¡Cómo sos de desamorada!
Tu regia madre te viene a ver
y vos preferís a la nana.
¡Por Dios, qué hija malcriada!
Si por lo menos una hermana
tuvieras, cuánto yo la querría...
mucho más que a vos la mimaría
para darte una buena lección.
P.de Á.- Por favor, ahorrarme el sermón.
La necesito ya a P.de U.

La emperatriz se va, despechada.

P.de Á.- Reviento si no se lo cuento
a alguien, pero a alguien seguro.
Por más que lo pienso, no encuentro
a nadie mejor que mi nana;
sé que P.de U. es cariño puro
y desde mi edad más temprana
ella siempre me ha apañado.

Escena 7

Entra Pluma de Urraca, la vieja nana de la princesa; de una delgadez extrema como todos los osteolandeses.

P.de Á.- ¡Ay, P.de U., por fin has llegado!

Te esperaba con impaciencia.
 P.de U.- De viejas piernas mi presencia
 depende, princesa, lo sabés.
 ¿Qué te pasa que en vos no cabés
 de alegría, me parece? ¿o no?
 P.de Á.- Me cuesta mucho disimular
 que el amor a mi puerta golpeó.
 P.de U.- Y vos se la abriste sin tardar...
 lo adivino por tu carita:
 la gata se comió la crema
 y no para de relamerse.
 ¿Quién es él, si puede saberse?
 P.de Á.- Sí. Pero, please, no lo repitas.
 P.de U.- Mi discreción es extrema,
 a menudo lo has comprobado.
 P.de Á.- Sos de fierro, lo sé, nanita.
 P.de U.- Largá el rollo entonces, chiquita.
 P.de Á.- Bué, es un poco complicado
 y no sé bien por dónde empezar...
 P.de U.- Decime primero su nombre,
 es la mejor forma de arrancar.
 P.de Á.- Temo que la cosa te asombre,
 no te vayas a horrorizar.
 P.de U.- ¿Al menos se trata de un hombre?
 Descuidá, yo todo lo he visto.
 P.de Á.- Celadón. Te lo dije, listo.
 P.de U.- ¿¿¿Celadón??? Pero así se llama
 del rey de Lipolandia el hijo...
 P.de Á.- Y si fuera él, ¿qué dirías?
 P.de U.- Gran locura lo llamaría.
 Me estás cargando, tenés fama

de bromista. Ay, señorita,
qué feo burlarse de una anciana.
Ya verás cuando seas viejita:
no te gustará que se burlen.

P.de Á.- Tu palabrerío me aturde,
yo te estoy diciendo la verdad.

P.de U. (*muy asustada*).- ¡Ah, qué me contás, insensata!
Esa verdad tuya me mata.
Una terrible calamidad
se cierne hoy sobre nosotros.
¿No pudiste elegir a otro?

P.de Á.- Vos ya sabés cómo es el amor...
No se lo puede gobernar.

P.de U.- ¿Y tu padre lo va a festejar?
¡Jesús nos salve de su furor!

P.de Á.- En secreto lo mantendremos,
sólo vos y yo lo sabemos.

P. de U.- ¿Y hasta dónde llegó esa pasión?
Tal vez todavía hay tiempo de...

P.de Á.- Toda la noche con él pasé.

P.de U.- ¡Mierda! Directo a la perdición.
Dormiste con el enemigo.

P.de Á.- ¡El más dulce de los amigos!

P.de U.- Yo te juro que no te entiendo,
¿no te repugnaban los gordos?

P.de Á.- Si yo misma no me comprendo.
Pero el juicio se vuelve corto
cuando se nos despierta el cuore.

. Cel me habló de grandes amores
que siempre fueron contrariados.

P.de U. (*irónica*).- Con que ya lo tratamos de Cel...

Tu forma de hablar ha cambiado.
 P.de Á. (*romántica*).- Nana, Ángel a mí me llama él.
 P.de U.- ¿Y pensás que no te será infiel?
 El lipolandés es picaflor
 por su naturaleza en amor.
 P.de Á.- Por favor, no me hagás el bocho,
 ya veo cuál es tu intención:
 vos querés desenamorarme;
 pero Cel ha jurado amarme
 hasta la muerte y su corazón
 para siempre me ha entregado.
 P.de U.- Ay, más palabras no derrocho,
 es al cuete. Fuerte te ha dado,
 sólo queda actuar con prudencia;
 debo apañar esta locura
 aunque me pese en la conciencia.
 (*Aparte*) Quizá el romance poco dura.

Escena 8

Pluma de Ángel se encuentra con Celadón en un lugar retirado del parque; los enamorados se sientan en un tronco caído.

P.de Á. (*preocupada*).- Amor mío, estoy engordando.
 ¿Hasta cuándo lo podré ocultar?
 Cada vez más se va notando.
 Celadón.- Sólo tendrás que disimular
 unos días. Todo está listo:
 a Lipo te llevo conmigo.
 P.de Á.- Tenés que apurarte, insisto.
 Mi pobre nana es testigo

de las mil angustias que paso.
¡Qué falta me hacen tus abrazos
para sobrellevar mis penas!
Mi vieja desarrolló antenas
y con sus preguntas me cansa.
Si sólo escondiera la panza...
están los vómitos, los mareos...
aunque es más fácil explicarlos
en nuestro reino, donde es feo
comer y, si a veces lo hacemos,
ese poquito que comemos
acostumbramos a vomitarlo.

Celadón.-

Tu nana vendrá con nosotros.

P.de Á.-

Claro, de ella yo no me aparto.

Me importan un pito los otros.

Celadón.-

Te va a asistir en el parto.

P.de Á.-

¡Ay, yo tengo flor de cagazo!

Celadón.-

Ven a refugiarte en mis brazos.

P.de Á.-

Acá las mujeres no paren
por miedo de engordar un gramo.
Fecundación in vitro se hace
y para que no haya reclamos
por la calidad del esperma
- que con la anorexia merma -
tenemos desde hace algún tiempo
una granja de sementales
donde se crían machos cabales,
aptos para la reproducción,
alimentados sin restricción,
y cuyo semen es usado
en la fecundación de óvulos:

resultado garantizado
 de lindos bebés de probeta.
 Celadón (*sorprendido*).- Tampoco les darán la teta...
 los compadezco a esos párvulos.
 Entonces nunca hacen el amor...
 Aunque no será placentero
 frotándose los huesos meros,
 hiriéndose con los ángulos;
 debe ser más que placer, dolor.
 P.de Á. (*fastidiada*).- ¿No estás exagerando un poco?
 Conmigo te recopó hacerlo.
 Flaquita y todo, como un perro
 gozaste, si no me equivoco.
 Celadón.- ¡Qué comparaciones vulgares!
 Debes refinar tu lenguaje.
 Para entretenerte te traje
 estas novelas pastorales.
 P.de Á.- No me vengas con novelitas,
 ¡bajá de las nubes, Celadón!
 Estamos en una situación
 que no se arregla con obritas
 de literatura. Se entera
 mi viejo y chau, se pudre todo.
 Celadón.- ¿Te van a arrastrar por el lodo
 porque no haces lo que se espera
 de ti y fornicas con un hombre?
 P.de Á. (*burlona*).- ¿For...qué? Mirá qué palabreja,
 nosotros lo llamamos coger,
 no conocemos otro nombre;
 es de las palabras más viejas
 de nuestro idioma. Pero, a ver

si nos entendemos un poco:
 en Osteo el amor se practica,
 sucede que no fructifica
 por debilidad del esperma.
 Celadón.- La vuestra es una raza enferma.
 P.de Á. (*agresiva*).- Y ustedes están todos locos.
 Celadón (*apaciguándola*).- No litiguemos, te lo ruego.
 Olvidemos las diferencias
 y que nuestro amor predomine.
 Yo por completo a ti me entrego.

Se besan.
 P.de Á.- Por suerte tenemos la ciencia...
 Celadón (*la interrumpe*
con un beso).- Déjame, amor, que te mime.
Caen enlazados sobre el césped.

Escena 9

Celadón y Silvandro, embozados, vuelven a Lipolandia.

Silvandro.- ¿En serio planeas raptarla?
 Celadón.- Sí, cuento con tu leal ayuda.
 Silvandro.- ¿Y dónde piensas alojarla?
 Celadón.- No me cabe ninguna duda
 de la comprensión de mis padres.
 Por mucho que mi hermano ladre,
 la recibirán en palacio.
 Silvandro.- Es muy raro que se muestre reacio
 tu hermano menor al asunto:

de pretexto servirle podría
para desbancarte, barrunto.
Que abdicaras el trono querría.
Fomentas su más cara ambición.
¡No te precipites, Celadón!

Celadón.- “Amour, quand tu nous tiens, adieu prudencel”
como el inmortal Racine dijo.

Silvandro.- Perdóname si te corrijo:
fue La Fontaine, fabulista.

Celadón.- Sea el que sea, poco importa.
Al amor no hay quien se resista.

Silvandro.- Si tu tentativa no aborta
y de P.de F. prisionero
en Osteolandia terminas...

Celadón.- A pensamientos agoreros
tu imaginación te inclina.
¿No crees que Eros es mediador
entre nuestra tierra y el cielo?
Yo sé que el omnipotente Amor
coronará al fin mis desvelos
y paradisíaca dicha
gozarán los fieles amantes,
como la Beatrice y su Dante,
como...

Silvandro (*interrumpiéndolo*).- ¡Ben Hur, detén tu carro!
A mí no me cae la ficha
porque pienso en otra corona:
la de Lipolandia, bizarro
amante. Si se desmoronan
tus legítimas esperanzas,
¿qué harás?

Celadón.- Feliz con mi amada
viviré y mi hermano será rey.

Silvandro.- Si Alfeo la corona alcanza,
deberás vivir bajo su ley:
no esperes vida regalada;
lo conoces: es violento, cruel.

Celadón.- Hablas de un futuro remoto
y ahora no quiero pensar en él.
Un rapto contigo completo,
dediquémosle nuestro tiempo.

Silvandro.- Esto puede desencadenar
una guerra entre los dos reinos.
Por lo que me acabas de contar,
la princesa Pluma de Ángel
es la única que puede engendrar
al legítimo heredero
de la corona osteolandesa,
por derecho matrilineal.
¿No te das cuenta cuánto pesa
este argumento fundamental?
Se verán designios arteros
En una simple historia de amor

Celadón.- Se haga la voluntad de Buda,
cuento también con su ayuda.

Escena 10

En los aposentos de Pluma de Ángel.

Pluma de Urraca.- Ese proyecto me horroriza.
P.de Á.- Lo mejor que puede pasarnos,
viejita mía, si se realiza.

P.de U.- Pero tendremos que adaptarnos
y plegarnos a sus costumbres.
¿Ya te imaginaste comiendo
hasta el hartazgo y sólo viendo
gente obesa a tu alrededor?
Nena, tengo la certidumbre
que vos no lo podrás aguantar.

P.de Á.- Sí, sí, es necesario escapar.
¿Sería preferible el dolor
de quedarme aquí, condenada
por la opinión de todo el mundo,
por mi familia despreciada
y de mil formas humillada?

P.de U.- Nada en la vida es tan rotundo.
Hay otro modo de arreglarlo:
yo conozco a cierta persona...

P.de Á.- ¿Un aborto? ¡No! Ni pensarlo.

P.de U.- Se trata de una comadrona
jubilada, alguien seguro
que no abrirá nunca la boca.

P.de Á.- Remuda, por lo que a mí toca.
(Se acaricia el vientre) Esto es fruto de un amor puro
y yo lo quiero conservar.
Celadón no me va a perdonar
sí...

P.de U.*(la interrumpe)*.- ¿Qué...? Pensá en las consecuencias
de tus actos: no sos cualquiera.
Interrogá a tu conciencia,
verás que a Osteolandia entera
podés arrastrarla a una guerra.
¿Tal perspectiva no te aterra?

P.de Á.-

Ahora estás exagerando
algo vos con lo negativo.
¿Si fuéramos imaginando
un resultado positivo...?
Unificación de los reinos,
por ejemplo, fin de los odios.

P.de U.(*irónica*).-

¿Te vas a subir en un podio,
igual que los predicadores?
No me gusta anunciar horrores,
pero tampoco la pavada.
Vení acá, mejor, que te peino,
que me andás toda desgredada.
No olvides, sos una princesa.

P.de Á.-

¡Y estoy repodrida de serlo!

P.de U.-

Si no hubiese más razón que ésa
para meditar bien tus actos,
debería bastar para hacerlo.

Oíme, te propongo un pacto...

P. de Á.(*se tapa los oídos*).-

No quiero ya más escucharte,
estoy decidida del todo.
Te conozco: tenés el arte
de convencerme poco a poco;
no voy a correr ese riesgo.
Mañana huimos con Celadón;
cuento, P.de U., con tu discreción.
Estamos en año bisiesto
y me lo dice el horóscopo:
mis emprendimientos, prósperos,
terminarán con felicidad.
Tené la plena seguridad.

P.de P.- Sus angustias pretende ocultar
y no quiere mostrarse infeliz.
¡Tan orgullosa, esa hija mía!
Una verdadera princesa
en público no debe llorar.

P.de C.- Conmigo ella no se cuidaría,
pues nunca me deja de contar
cualquier pena que la aqueja.

P.de P.- Callate, yo sé más por vieja
y a mi nena la conozco bien.
Por mami te habrá preguntado...

P.de C.- Si con ella muy embroncados
están ustedes, quiso saber;
y de algunas amigas también,
que las extrañaba bastante
y las hubiera querido ver.

P.de P. (*con renuencia*).- ¿Su embarazo sigue adelante?

P.de C.- Viento en popa. Está regorda,
aumentó como veinte kilos.
Todo el día borda que borda
y come más que lima nueva.

P.de P.- ¡Qué bajón! ¡a su edad bordando!

P.de C.- Un ajuar blanco y amarillo
para el baby que está esperando.

P.de P. (*llorando*).- Dulce Jesús, en esta prueba
ardua ¡ayúdame, por favor!
¡Mi hijita pesando sesenta!
Lo pienso y me invade el horror.

(*Aparte*) Creo que esta chica lo inventa
tan sólo para hacerme sufrir.

(*A P.de C., fría*) ¿Algo más me tenés que decir?

P.de C.- P.de U. suplica a su Majestad
que tenga a bien perdonarla.

P.de P. (*con rabia*).- ¡Vieja arpía, llena de maldad!
Corrompió a mi hija con su charla.

P.de C.- Dice que negarse no pudo
a los muchos ruegos de P.de Á.,
¡es tanto lo que ella la quiere!

P.de P.- Merece el castigo más rudo
y con su vida lo pagará.

P.de C.- Si antes la pobre no se muere,
que la mata el remordimiento.
Ella se niega a alimentarse:
la vieja parece un hilito,
está que se la lleva el viento;
aunque debería cuidarse
para cuando nazca el niño.

P.de P.- Ojalá reviente muy pronto,
se lo merece por traidora.
Y vos también tenés la culpa:
P.de Á. conoció a ese tonto
por amigas encubridoras
que la llevaron a esa fiesta.
¿Ven ahora lo que resulta
de no hacer caso a nuestros padres?
Se llora demasiado tarde.

P.de C.- P.de Á. tiene dura la testa,
Majestad, Usted no lo ignora.
Fue idea suya, se lo juro.
Por otra parte, ella no llora...

P.de P.- Es presa de un amor impuro
que no le traerá felicidad.

Pero ya la rescataremos
y aquí de nuevo la tendremos
para que dé con legalidad
herederos a la corona.

P.de C. (*aparte*)

A la dicha apenas se asoma
Y le quieren cortar las alas.
Pobre amiga, ¡qué onda más mala!

Escena 12

Reunión de Consejo en un salón del palacio imperial de Osteolandia. Paredes cubiertas de frescos representando danzas macabras de la Edad Media; un gran Cristo macilento de la escuela del Greco a la cabecera de la mesa y un Quijote de bronce sobre ella, a modo de pisapapeles. Pluma de Faisán Dorado, el Emperador, preside la reunión. Todos parecen al borde de la consunción.

F.D.-

Hoy aquí los he convocado
pues, como ustedes no lo ignoran,
a mi única hija han raptado.
Mi corazón de pena llora:
ya no puedo esperar sucesión
si a P.de Á. no la recupero.
Fue ese hijo de puta, Celadón,
el autor del secuestro, pero
juro que lo pagará caro
ese gordo de mierda, ese...

Pluma de Halcón

Pido la venia para hablar.

(ministro de Guerra).- (*Le hace un saludo militar al Emperador*)

De todos los humanos faro,
Gran Majestad, mal que nos pese,
acá no basta con insultar.
Urge pensar una respuesta:

	han pasado ya cuatro meses.
Pluma de Buitre (ministro de Economía y Finanzas).-	Hay que hacerles pagar con creces, van a aprender lo que cuesta meterse con Osteolandia.
Pluma de Lechuzón (ministro de Gobierno).-	En mi humilde opinión, yo creo que siempre es mala la violencia; mejor resultado les veo a las protestas, los reclamos. Es preferible la paciencia; si pacíficamente actuamos por la vía diplomática...
P.de H. (<i>impaciente</i>).-	Todo eso es una pavada que no dio nada en cuatro meses. Una actitud más enfática debemos adoptar a veces.
P.de F.D.-	Con la negociación varada en un statu quo, yo me inclino por el empleo de otros medios.
P.de B.-	¿Que serían, Monseñor...?
P.de F.D.-	Las armas.
P.de B.-	Majestad, el poder divino que a los reyes fue conferido como un maravilloso karma, se alía hoy con el buen sentido. De su capital el asedio quebrará a los lipolandeses; venceremos y sus reveses nos traerán pingües ganancias.
P.de H.-	Esa guerra aguardo con ansias.
P.de F.D.-	Ya no dependeremos de ellos: alimento y materia prima

nos pertenecen por derecho
si los vencemos.

P.de H.(*excitado*)-

Nos anima
el ardor de una justa causa.

P.de L.-

Un momento, pido una pausa.
Si ganan ellos, ¿qué pasaría?

P. de H.-

Eso nunca podría ocurrir
con su economía primaria.
Poseemos tecnología
suficiente para destruir
su civilización.

P. de B.-

Y varias
más como ésa. Los venceremos
y un tributo les impondremos.

P.de F.D.-

Sin olvidar, señores míos,
que ellos tienen el petróleo,
y en más cantidad que nosotros
torrentes, glaciares y ríos.

Nunca me gustó demasiado
tener que depender de otros.

Pero estábamos obligados
a comprarles por necesidad.

P.de B.-

Necesidad, cara de hereje.

P.de H.-

Ahora ha cambiado la historia.

No permitiremos que vejen
EL HONOR de la Casa Imperial.

(*Grandilocuente*)

Con brío y devoción sin igual
hemos de luchar y de gloria
nos cubriremos.

de la apertura de hostilidades.

P.de H.- Para comenzar, se destierra
a los que a alistarse se niegan.
¡No tolerar debilidades!
¡Todo por la patria se entrega!

*Poseído de ardor guerrero, comienza a dar órdenes militares: Batallón ¡fiir... mes! Carrera
¡march! Etc.*

P.de F.D.- Frene su entusiasmo, general.
Decidamos en primer lugar
el tipo de armas a emplear.
¿Biológico o convencional?

P.de B.- Yo no estoy por las biológicas.
Si la destrucción es masiva,
¿a quién vamos a explotar después?

P.de F.D.- Su objeción resulta lógica:
necesitamos gente viva
para poder ponerle el arnés.

P.de H.- Pero están también las químicas,
dignas de ser recomendadas,
ya que pueden matar carradas
de gentecitas bulímicas
y resultan más controlables.

P.de B.- Opino que sobre el terreno
se implemente lo más viable,
sin descartar nada de lleno.
¿De entrada a Suet sitiaremos?

P.de F.D.- Férreo cerco le pondremos.

P.de H.- Los gordos no podrán resistir.
Privados de abastecimientos,
muy pronto se tendrán que rendir.

P.de L.- Y ya que hablamos de alimentos,

¿aquí cómo podremos vivir
cuando cese la importación
de aquellos productos primarios
que resultan tan necesarios
en la constante fabricación
de los suplementos dietarios?
Y que vienen de Lipolandia.
P.de F.D.- Antes de declarar la guerra
compramos mucha más producción,
así tendremos remanente
para aguantarnos un tiempito.
Nuestros depósitos ya encierran
bastantes reservas.

P.de H.- Repito
que no durará mucho la acción.
Nuestro pueblo casi no siente
del hambre el incómodo aguijón,

nuestro estómago está curtido;
en cambio el de los obesos
será fuertemente agredido,
empezarán a perder peso.
Van a ver, no lo soportarán.

P.de L.- Pero, ¿si presentan batalla?
No olviden que son más robustos.

P.de H.- Eso no deja de ser justo
y es bueno prevenir las fallas.
Sin embargo, su fuerza bruta
claudicará ante la energía
y el superarmamento nuestros.

P.de B.(*exultante*).- Caerán como madura fruta
y esclavizaremos al resto.
¡Bueno para la economía!
Con semejante desenlace
nos hacemos dueños del mundo.

Una mucama trae champán y copas en una bandeja. Sirve y sale.

P.de F.D.(*levanta su copa*).- ¡Skol! Por el éxito rotundo
que coronará los esfuerzos
y las embestidas salvajes
y los procederres diversos
que doblegan a un enemigo:
infiltración de espías, saqueo,
violación, napalm, bombardeo,
torturas si hay prisioneros,
fusilamientos y no sigo...

Brindan.

P.de H.- Sus procedimientos arteros
justifican nuestra invasión.

Levanta la copa en un brindis. ¡Por el triunfo de la justicia!
¡Por la patria! ¡A sangre y fuego!

P.de F.D.- Jesús escuche nuestros ruegos.
Elevemos nuestro corazón.

Minuto de silencio, cabezas bajas, como orando.

P.de B.- El champán es una delicia.
Yo brindo por la prosperidad
que traerá nuestra victoria
a las finanzas de Osteolandia.

P.de L.- Me pregunto, en esta historia
la primordial finalidad,
¿no era la princesa raptada?

P. de F.D.- ¡Mi pobre niña ultrajada!

(*Se seca una lágrima*) Claro que la rescataremos
y de nuevo aquí la tendremos.
P.de B.- Pero los lipos deben pagar
muy caro su abominable ultraje.
P.de H.- Ya mismo organizo un viaje
de incógnito a nuestras fronteras,
con el propósito de chequear
el estado de sus defensas.
P.de F.D.- Y que se comiencen a entrenar
las tropas.
Se levanta, dando por terminada la reunión. Van saliendo.
P.de B.- De armas un recuento
habría que hacer, ¿no les parece?
También de efectivos un censo.
P.de L.(*rezagado, aparte*) ¡Ay, qué vanos son mis intentos
por hacerlos recapacitar!
Esta bola de nieve crece
y ya nadie la podrá parar.
Poco importa lo que yo pienso.

INTERMEZZO

Este intermedio puede ser representado por actores o títeres de tamaño natural.

Una gran roca en el centro del escenario.

- *De atrás de la roca salen dos cavernícolas que pelean con hachas de pedernal; uno le parte la cabeza al otro y lo arrastra por el pelo atrás de la roca.*

- *Entra por la izquierda un legionario romano persiguiendo a un galo; lo atraviesa con su espada y sale por la derecha.*
 - *Dos combatientes medievales a caballo, con armadura y lanza en ristre (pueden ser un cruzado y un mahometano); entran uno por la izquierda y el otro por la derecha, se enfrentan y uno de ellos cae.*
 - *A la izquierda, un soldado prusiano; por la derecha entra un soldado de las guerras napoleónicas, que dispara con su fusil sobre el alemán.*
 - *Un soldado alemán de la segunda guerra mundial, parado sobre la roca, arroja una granada sobre dos franceses que están abajo.*
 - *Por la izquierda entra un científico osteolandés accionando un enorme aerosol; a la derecha, varios lipolandeses boquean y se desploman.*
- Todo esto en rápida sucesión. Los cadáveres van quedando en el escenario.*

O

A C T O 2

Personajes:

Pluma de Ángel, princesa de Osteolandia y esposa de Celadón

Urania, dama de Lipolandia

Amarilis, dama de Lipolandia

Dorina, costurera lipolandesa

Celadón, príncipe de Lipolandia y esposo de Pluma de Ángel
Atalante, emperador de Lipolandia
Alfeo, hermano de Celadón
Polidoro, lugarteniente de Alfeo
Crisófilo, ministro de Economía lipolandés
Majemón, ministro de Defensa
Sofronio, ministro de Salud
Argos, ministro de Interior
Actis, espía del gobierno lipolandés.

Escena 1

Gabinete de trabajo del emperador de Lipolandia. En las paredes retratos de hombres de Estado, científicos, artistas, filósofos, todos entrados en carnes. Sobre el escritorio, un pisapapeles de bronce que representa a Sancho Panza. El emperador Atalante ha convocado a su primogénito Celadón.

Atalante.-

Hijo querido, esto va mal:
pronto tendremos que rendirnos,
está cerca el trágico final.
La saña, el furor asesino
de nuestro enemigo ha vencido.
Aunque a Suet hemos defendido
con gran valentía y coraje,
ellos tienen mejores armas
y técnicas sofisticadas.
Del hambre el supremo ultraje
sufrimos y cunde la alarma
de una masacre inminente.
La estrategia más indicada,
lo que parece conveniente
en situación tan desgraciada,

si sigo de mis generales
el consejo y para otros males
evitarle a mi amado pueblo
(más sangre, violación, saqueo)
- y es también como yo lo veo -
consistiría en un arreglo:
tendríamos que parlamentar.
Te has hecho culpable, hijo mío.
de un crimen de lesa Majestad.
Sin embargo, lo que más ansío
es mi descendencia asegurar.
En lo que hiciste no hubo ruindad,
tu móvil fue un amor sincero
y por eso te he protegido:
aquí fuisteis los bienvenidos
y sigues siendo mi heredero.
¿Cómo agradecer, padre mío,
los dones de vos recibidos?
Con esmero fuiste educado
para recibir la Corona;
yo ordené que te inculcasen
las virtudes de Pantagruel,
ésas que grandes reyes hacen:
su ecuanimidad, su bonhomía
que comprende y fácil perdona.
A sus principios siempre fiel
aquel gigante se mantuvo,
fue grande en todos los sentidos,
modelo egregio si los hubo
de cualquier varón bien nacido.
Ciencias y artes cultivaste,

Celadón.-

Atalante.-

mi esperanza no traicionaste.
Es por eso que quiero que huyas
en compañía de tu esposa.
Escondéos en esa gruta
donde solíamos pernoctar
cuando ambos íbamos a cazar
solitarios a la montaña.
La precariedad de una choza,
la pobreza de una cabaña
- siendo tú todavía un niño -
que experimentarás quería,
para que viesen que en el mundo
no todos se visten de armiño.

Celadón. (*nostálgico*).-

¡Qué compañerismo profundo
en esas excursiones había!
Descubrí el placer de compartir
en aquellas humildes cuevas.

Atalante.-

Que ahora te sirvan para huir
de la despiadada venganza
del enemigo. Si te alcanzan,
seguramente te harán morir.
Y al hijo que tu mujer lleva.

Celadón. (*angustiado*).-

¿Qué pasará contigo, padre?
¿con el resto de la familia:
Alfeo, Casiodora, Lilia...?

Atalante.-

Hice un acuerdo con tu madre:
no nos tomarán prisioneros.

Celadón se echa a llorar desconsoladamente.

Celadón, por favor, no llores.
¡Mantén tu coraje entero!
No olvides: lo que yo más quiero

es que prolongues nuestra estirpe.
No tenemos más que decirte.
Te auguramos tiempos mejores.

Escena 2

Paisaje de montaña desértico. Se ve el interior de una cueva, con algunos muebles y enseres muy rústicos. A la entrada de la cueva, Celadón se despide de Pluma de Ángel. Ambos con vestimentas campesinas, él lleva un morral y un fusil.

Celadón.-

Amor mío, me voy de caza.
Que Artemis me sea propicia
y pueda cobrar una presa
que haga hoy día nuestras delicias.
Tú, mientras tanto, en la artesa
diligente el pan amasas
y nuestro vástago en su cuna,
sin preocupación ninguna
duerme. Rústica simplicidad
en medio de riscos salvajes.
De la batalla los fragores
quedaron lejos. Los rigores
otoñales, la invernal frialdad
no han llegado y viste Natura
florido y primoroso traje.

P.de Á.(enfurruñada).-

Mucho blablá, mucha poesía,
pero andá a saber cuánto duran
las provisiones todavía.
No averiguaré ni me importa
quién es ésa que estás nombrando.
Creo, Cel, que te chifla el culo
si en este desierto vagando

Celadón.- esperás topar ser alguno.
Querida, ¿no te reconforta
esta divina tranquilidad?
P.de Á.- Si te digo la pura verdad,
esto me aburre locamente.
(*Aparte*) ¡Qué ganas de darle una torta
por versear como un demente!
Celadón.- Pidámosle a Buda paciencia.
Besa a su mujer.
Adiós, bella montañesa.

Escena 3

Monólogo de P.de Á.

Chau, que te garúe finito.
(*Contempla al bebé en la cuna*) ¿La boludez será una herencia?
¿Será igual mi pobre hijito?
(*Va a la artesa y sigue amasando*) ¡Y vuelta a la maldita artesa!
¡Jesucristo, estoy tan harta!
Ni un maldito juego de cartas
para hacerme un solitario...
¿A que no saben qué propuso
como diversión mi marido?
¡Juntar yuyos para un herbario!
Qué programa más divertido...
De bobería es un abuso,
no sé cómo pude encontrarlo
atractivo en algún momento.
¡Ay, ahora cuánto lo siento!
Le hubiera hecho caso a la nana
que me aconsejaba largarlo...

¡Pobre P.de U.! Una macana
morirse así en el camino...
¡maldito sea mi destino!
Que tuve que bancarme el parto
solita y mi alma, sin ayuda,
con él al borde del infarto.
Menos mal que miré videos
cuando vivía en Osteolandia.
El quía ahí, suda que suda,
- ¡Ay Dios, que le daba el mareo! -
mirándome sin hacer nada.
Le tuve que dar instrucciones.
¡P.de Á., la princesa mimada,
pariendo igual que una perra!
A qué fatales decisiones
nos empuja la rebeldía...
Si hubiera sabido que encierra
tantos gusanos asquerosos
la dulce manzana del amor...
¡Suerte repodrida la mía!
Si hubiese tenido más valor
este boludo de Celadón...
Se presentó como un campeón
y luego resultó un miedoso
que me arrastró a este desierto.
Lo hubiera preferido muerto.
Entonces me recuperaban
y a Osteolandia me regresaban.
En cambio vivo en una cueva
- si esto puede llamarse vivir -
a mi hijo tengo que amamantar,

poner mi paciencia a prueba
aguantando a este infeliz,
en un helado arroyo lavar,
comida tras comida servir.
¡Caro estoy pagando mi deslíz!
Con diecisiete años por cumplir
vegetando en un escondrijo,
un marido torpe, un hijo,
una silueta que es un horror,
ningún producto dietético,
ropa que ya no tiene color;
sólo me falta el impétigo
para completar este cuadro.
Si cuando estaba embarazada
comía de todo y con gusto,
ahora me miro y me asusto;
como un globo me siento inflada.
Extraño aquel cuerpito magro,
quisiera ir a un gimnasio;
allá en Bone los hay por docenas
para domar físicos reacios.
Yo, desde que era una nena,
frecuentaba el del palacio...
¡Qué nostalgia! ¡No aguanto más!
Me largo de acá como sea
y no paro hasta que vea
las finas torres de mi ciudad.
Me llevo agua y unas manzanas.
Mejor si paso un poco de hambre,
desintoxicarse es cosa sana.

Toma un bidón de agua y lo mete, con algunas manzanas, en una mochila. Escribe rápidamente una nota en un trozo de papel y la deja sobre la mesa.

Espero que esto me alcance
para llegar a la frontera.
Al bebé conmigo lo llevo
y Celadón, bah, que se muera
de mufa en estas soledades.
Sólo precisa unos pañales
el pobrecito y si me atrevo
a llevarlo es porque la leche
me sobra para alimentarlo.

Pone unos pañales en la mochila y va hacia la cuna.

(Mirando al niño)

Su padre lo bautizó Alcestes,
pero a mí, mal que le pese,
me gusta más Pluma de Águila:

(Con ternura)

P.de Á, igualito a su mamá.
Es como tendrán que llamarlo
porque en Osteolandia vivirá.

(Levantando al bebé)

Ven, amor, tu cara lánguida,
en lugar de coloradota,
como buen osteolandés tendrás
y a tu mami por ser gordota
allá nadie señalar podrá.

Sale de la cueva cargando la mochila y el niño envuelto en una frazadita.

Escena 4

Celadón regresa a la cueva con un cabrito muerto que deposita sobre la mesa, junto con el morral y el fusil. Ve la nota dejada por P.de Á. Monólogo de Celadón.

¡Cielo santo! ¿Qué es esa nota?
¿Dónde están Alcestes y P.de Á.?

Lee la nota.

(Anonadado)

No es posible... dice que se va...
¡esa muchachita está loca!
si no conoce la montaña...
Que se vuelve a Osteolandia, dice,
llevándose al niño con ella.
Si los ataca una alimaña...
¡qué horror! y lo que más me aflige
es que P.de Á. por las estrellas
de noche no sabe orientarse
y de día tampoco guiarse
por los puntos cardinales.
Pero tal vez fue scout de chica
- eso limitaría los males -
y la dirección se la indica
algún método aprendido
durante aquellas excursiones.
Nosotros éramos campeones:
jamás el rumbo hemos perdido.

¡Pero qué me pongo a recordar!
Tengo que salir a buscarlos,
alejados no deben estar.
¡Ojalá yo pueda encontrarlos!

Sale corriendo.

Escena 5

Una meseta desértica. Entran el príncipe Alfeo y su lugarteniente Polidoro, ambos con pertrechos de francotiradores. Se ve un bulto en medio del escenario.

Alfeo (*lúgubre*):-

¡Qué gran desgracia, Polidoro,
encontrar a mi hermano muerto!
Quién sabe qué fiera lo atacó
aquí cerca, en el desierto:
oso, puma o salvaje toro.
Es notorio que el pobre luchó
hasta que no tuvo más fuerzas.
Sus sangrientos restos juntamos
y en aquel lugar en que murió
sus huesos ilustres mondamos
(el asqueroso buitres almuerza
pocos jirones que quedaron);
hay que transportarlos al panteón
donde siempre se inhumaron
los monarcas de esta nación
y toda la familia real.
De ella soy triste heredero,
es mi deber hasta el final
llevar el homenaje postrero,
no deshonorar a mi familia.

Polidoro.-

Alteza, enormes tragedias
han sembrado vuestro camino:
Osteolandia a la patria humilla,
padres y hermanas perdidos,
y ahora la pena os asedia
al comprobar la triste suerte
del buen príncipe, nuestro Delfín.

Alfeo.-

Es cierto que la horrible muerte
no perdona a nadie. En fin,
habrá que seguir adelante.
Pero, la mujer y el infante,

¿dónde estarán? Tengo que hallarlos.

Ya mismo la orden de buscarlos
darás. Estaban escondidos
de esta montaña en algún lugar
del Delfín solo conocido
y cuya exacta ubicación
jamás traté de averiguar
por un exceso de discreción.

(Divisando el bulto)

Pero mira, ¿qué es ese bulto
en medio de árido pedregal?

Polidoro.-

Acerquémonos, mi general.
Si mi vista no yerra mucho
de cuerpo humano es la apariencia.

Descubren el cadáver de P.de Á., que yace de espaldas, con el bebé prendido a su pecho desnudo.

Alfeo.-

¡Santo cielo! ¡Es mi cuñada!
La tragedia está consumada.
Cara han pagado la inconsciencia
de vagar por estos desiertos.

Polidoro.-

El niño prendido a su seno
Parece respirar todavía,
tal vez viva la princesa...

Alfeo *(toca las manos de P.de Á.)*.-

No,
su cuerpo totalmente yerto
no está, hace poco aún vivía.
Pobre, de consunción ha muerto
amamantando a su niño.

Levanta al bebé y, después de cubrir el pecho de P.de Á., le entrega la criatura a Polidoro.

Llévalo, para que lo atienda
la mujer de algún guerrillero.
Está débil el pequeñito,

pero ganará esta contienda
con la Parca. Es heredero
legítimo de la corona.

Polidoro.-

Y con la madre, ¿qué hacemos?
¿su cadáver lo dejaremos?

Alfeo.-

Una reina no se abandona,
por extranjera que ella sea.
No sabemos cuánto durará
nuestra patriótica odisea:
habrá que proceder con P. de Á.
como lo hicimos con mi hermano.

(Solemne)

¡Oh mundos huesos soberanos,
reposaréis en nuestro panteón
familiar! ¡Mano en el corazón
lo juro!

Escena 6

Una sala del palacio imperial de Lipolandia. Paredes cubiertas de tapices que representan distintos momentos en la vida de los gigantes Gargantúa y Pantagruel. Algunas esculturas de Botero. El Regente Alfeo preside una reunión de Consejo.

Alfeo.-

En mi calidad de Regente
hasta que nuestro Rey Alcestes
alcance la mayoría de edad,
he convocado esta reunión.
Ante la urgente necesidad
de reorganizar la nación

y de planificar acciones
en territorios ocupados,
no podemos ser remolones
como fuimos en el pasado.
Ya vimos de esa negligencia
el fatídico resultado:
Osteolandia sin clemencia
durante un tiempo nos sojuzgó,
se hizo dueña del orbe entero,
en la esclavitud nos sumió.
La alimentación primero,
astutamente programada
por sus sabios nutricionistas,
totalmente debilitada
dejó a toda nuestra población.
Nuestros recursos se llevaban
y para ellos se trabajaba.
Parecía no haber solución.
Si un grupo de nacionalistas
- entre los que yo me contaba -
no hubiese huído a la montaña
a fin de organizar la reacción.
Resultado de esa campaña:
después de sangrientas luchas,
obtuvimos la liberación
de la patria lipolandesa.
Pese a las pérdidas muchas,
a los enemigos echamos
y en la tierra osteolandesa
como dueños nos instalamos.
Sí, del mundo somos los amos.

(ministro de Economía).- de la rueda de la Fortuna
en el punto más alto estamos.
Mas no hay que quedarse en la luna,
ahora administrar se debe.

Majemón
(ministro de Defensa).- Con puño de hierro gobernar.

Crisófilo.- No derrochar con mano leve
eso que supimos conquistar.

Sofronio
(ministro de Salud).- Por lo pronto, hemos logrado
curar esa extraña obsesión
que volvía bolsas de huesos
a todos los ciudadanos
de la tributaria nación.
Con un régimen adecuado
consintieron en vivir sanos
y ya no temen ser obesos.

Alfeo.- Perdieron así agresividad,
se esfumaron las diferencias,
los odios tan perjudiciales
a la armónica convivencia.

Majemón.- Muy bello. Pero no hay que olvidar
la cuota de ingénita maldad
que las guerras suelen avivar.
Para evitar futuros males,
debemos actuar con prudencia.

Crisófilo.- Nuestros recursos naturales,
sumados a la tecnología
del imperio conquistado,
nos permitirán a porfía
oro y divisas amontonar.

Sofronio.- Las necesidades de Estado

hoy tendríamos que analizar,
destinando a lo más urgente
ese ubérrimo presupuesto.

Y aquí hoy la ausencia se siente
de messer Pánfilo, nuestro par
de Cultura y Educación.

Su moción debiera interesar
en la etapa de reconstrucción.

Alfeo.-

Yo misión le he encomendado
de inspeccionar las escuelas
en territorio ocupado.

Por la buena educación vela.

Crisófilo.-

Lo mejor me parece prestar
con alto interés a la gente,
para que de ese modo aumenten
en nuestras arcas las reservas.

Majemón.-

Yo no estoy de acuerdo, protesto.
Messer Crisófilo me enerva

con su manía de acumular.

Ya que tenemos presupuesto,
propongo ese dinero emplear
en la provisión de armas nuevas,
sofisticadas y modernas,
en fomentar la investigación
en este rubro y la formación
con los métodos más actuales
de nuestras fuerzas imperiales,
en el pasado tan ancladas.

Sofronio.-

La salud es más importante:

sin ella no tenemos nada.
Deberíamos prioritarla
implementando cuanto antes
un programa “Antianorexia”.
Si dejamos de controlarla,
pueden producirse rebrotes.
Alfeo.- En mucho tengo los aportes
sesudos de vuestras mercedes
en la materia que se precia
de conocer bien cada uno.
Mas trabajemos de consuno,
dejemos discusiones necias.
Crisófilo.- La riqueza guardar se debe.
Como bien dice el refrán:
“En do quitan y no pon,
presto se llega al hondón”.
Sofronio.- “Es mejor prevenir que curar”,
como su Alteza recordará.
Majemón.- Tampoco debemos olvidar
que con el mazo hay que dar y dar.
Alfeo.- Sopesaré vuestras razones
para tomar una decisión.
De la patria el bien se antepone
a toda otra consideración.
Sólo ese interés ha de guiarme.
Ahora voy a retirarme,
podéis disponer.

Escena 7

Alfeo en el gabinete de trabajo de la primera escena. El ministro de Interior, Argos, entra empujando al espía Actis, ataviado como un mignon de Henri III.

Argos (*a Actis
entre burlón y despectivo*).-

Entra, rico, no tengas miedo,
Su Alteza no te va a comer.
Si se ha dignado a atender
a un mamarracho de tu laya
y si yo mismo te concedo
algo de mi precioso tiempo,
no es porque méritos hayas
hecho para ello, gran zopenco,
sino en calidad de informante.

(*A Alfeo*)

Su tan ridículo aspecto
más su talento de intrigante
le permiten, sin ser sospecho,
infiltrarse en cualquier grupo.

Alfeo.-

Que hable, estimado Ministro,
aunque lo escuche con disgusto.
No será asentado en registro.

Argos (*a Actis*).-

Su Alteza te ha permitido hablar,
dí pues lo que oíste sin callar
nada.

Actis (*con gran volubilidad*).-

Estaba en lo de Urania
ayer tarde, a la hora del té;
conversábamos de lo extrañas
que vienen las estivas modas
con esos enormes décolletés,
divinos vestidos de boda
con la falda un poco évasée,
con las mangas abullonadas,
todos bordados en fil tiré...

Alfeo (*fastidiado, a Argos*).-

Decidle que omita detalles,
no tengo el tiempo del mundo.

Actis (con una reverencia al Regente) Esas sandeces que las calle.
Sire, si en detalles abundo,
perdonadme, pues tienen que ver
con el tema.

Argos (a Actis).- Breve debes ser.
Su Excelencia ocupaciones
mucho más importantes tiene
que escuchar las divagaciones
de todos los que aquí vienen.
¡Al grano!

Actis (nervioso).- ¡Ay, qué difícil es!
Creo que fue Filis, no, Inés...
aunque de eso no estoy seguro...

Alfeo (lo interrumpe, a Argos).- Si no va ya mismo a los hechos,
lo paga caro, ¡os lo juro!

Argos (a Actis).- Si tu lindo atuendo y peinado
no deseas verlos maltrechos,
¡abrevia, por favor, abrevia!

Actis (coqueto).- ¡Oh no! Sería un gran pecado
destruir la bella apariencia
que tanto esfuerzo me ha costado:
se requiere mucha paciencia
y así, de golpe, no se aprecia,
pero hay buena dosis de ciencia
también...

Alfeo (fuera de sí).- ¡Presto en una mazmorra
a este impertinente encerrad!

Argos empuja a Actis hacia la salida.

Argos (a Actis).- Te llevarás de cachiporra

por lo menos cincuenta golpes.

El espía se resiste a salir y se prosterna ante Alfeo, pidiendo clemencia.

Actis.-

Perdonad, Excelsa Majestad,
a este tonto de capirote.

Alfeo (*a Argos*).-

Ese título se dispensa
al rey Alcestes solamente.
Se merece cincuenta azotes
por su cháchara imprudente.

Actis se echa a llorar.

Argos.-

De Vuestra Alteza la clemencia
alcance a éste, que no piensa.
Perdonadle su inconciencia.
Más que humano, es vil animal.

Actis .-

Excelencia, no quise hacer mal.

Alfeo.-

Sea, los azotes le perdono.
Dejaré de lado mi encono.

Pero, ¿de qué se trataba al fin?

Argos.-

Resumiré su testimonio:
en la femenina reunión
a que asistió este demonio
resurgió la maldita cuestión
de la flacura...

Alfeo (*interrumpiéndolo*).-

¡Messer Argos!

¡podría escucharos el Delfín!
Por enésima vez os encargo
que vigiléis vuestro lenguaje,
expurgándolo de expresiones
feas, como “maldito” y otras
por el estilo, que ultrajes
son a la lengua autóctona.

Argos (*servil*).-

Que Vuestra Alteza me perdone.

Actis (*lo interrumpe*):-

Decía que esas mujercitas
se pusieron a despotricar...
A hablar pestes, a denigrar
esos antiestéticos kilos
que impiden a nuestras gorditas
lucir bien los nuevos modelos
y que hacen reventar los hilos
de las costuras más de una vez.
Filis se arrancaba los pelos
contemplándose en el espejo,
también se desesperaba Inés,
y Amarilis...

Alfeo (*interrumpiéndolo, a Argos*)

Es suficiente.

No quisiera volverme viejo
escuchando sus historietas.

Argos.-

Dime Actis, ¿estás demente?
¿pretendes que en prisión te meta?
Cuéntanos sólo lo esencial.

Actis.-

Yo no sé bien de dónde salió
la vieja revista de modas,
pero una conmoción general
entre las hembras se suscitó.
Aquellas descocadas, todas,
se pusieron verdes de envidia,
suspiraban, se babeaban
ante la soberbia elegancia
que sin excepción encontraban
en las escuálidas mannequins,
gloria de la mítica Francia.
“Ah, ni siquiera usaban sostén...”,
dijo alguna. Y lamentaban

esa cotidiana desidia
 que a ellas las arrastraba
 a sobrealimentarse. Lidia
 dijo: “No como más, lo juro”...
 Anteo (*a Argos*).- Haced que se detenga. ¡Basta!
 Argos (*a Actis*).- ¡Para ya tu lengua nefasta!
 Puedes irte, oíste al Regente.
Actis va retrocediendo hasta la salida, en actitud servil. Reverencia y sale.
 ¡Qué trabajo me da esta gente!
 (A Alfeo) ¿A un interrogatorio duro
 someteré a las subversivas?
 Alfeo.- Que sus actividades sigan
 es nuestra voluntad. Con tiento
 proceded y por el momento
 limitáos a vigilarlas.
 Tomad nota de las personas
 que participan en las charlas
 y, si la cosa evoluciona,
 arbitraremos las medidas
 necesarias.
 Argos.- Buda bendiga
 A Vuestra Alteza. Me retiro
 con su licencia.
 Alfeo.- Id con Buda.
Profunda reverencia del ministro, que sale a reculones, diciendo:
 Argos.- Vuestro siervo fiel os saluda.
 (*Aparte*) Yo la emprendería a los tiros
 con esa banda de conchudas:
 con perros muertos, no hay más rabia.
 Sería medida más sabia.

ensaladita de lechuga,
de pollo alguna pechuga,
mucho fruta, nada de alcohol.
Amarilis.- ¿Probaste con la de la luna?
Teodora dice que es la mejor.
Dorina.- Sin condenarse a la hambruna,
Climena, una de mis clientas,
practica la dieta de un doctor
cuyo nombre no recuerdo.
Se puede comer hasta cerdo,
muchas comidas suculentas.
Ella afirma que es efectiva.
Urania.- A Climena la conozco bien,
yo sigo viéndola gordita.
Si una las grasas no evita,
azúcares e hidratos también,
los kilos se van para arriba.
Amarilis.- Inés me habló de unas pastillas
que fabrican en Osteolandia,
clandestinamente, ¿comprendes?
Hay que conocer quién las vende.
Urania.- ¿No se trata sólo de hablillas,
de chismorreos, de leyendas?
Amarilis.- Un cuñado de Inés vive allá,
trabaja de inspector de Hacienda;
me imagino que conocerá
bien a fondo todas las tretas
para eludir la vigilancia
en lo que a ilícitos respecta.
Urania (*interesada*).- Ah... qué lástima la distancia.
Dorina (*con sorpresa*).- ¿Osteolandia no está curada

Urania.-

de su espantosa anorexia?
La enfermedad fue erradicada.
Sin embargo no hay que confundir
lo que lleva a la caquexia
perniciosa, que hace morir,
con la lógica preocupación
por la elegancia y la estética,
que caracteriza a las damas.
Y no será por hacer dieta
que vamos a caer en cama
o languidecer de consunción.

(A su amiga)

Amarilis.-

Amarilis, ¿cómo puedo hacer
para conseguir las pastillas?
Urgente. Antes de la fiesta.
¿Si se lo pedimos a Inés...?
Al cuñado lo ve dos por tres,
porque viaja seguido a ésta:
entre Suet y Bone él viajando
se lo pasa. Además yo creo
que Inés las está tomando,
unas grandotas, amarillas.

Dorina *(que durante el diálogo de
las amigas siguió con su trabajo)*.-

Ah, si son ésas las pastillas,
en casi todas partes las veo
cuando la ropa voy a probar.

Urania.-

¿Ven? Se está volviendo una moda,
ya todas quieren adelgazar.
No voy a ser la única boba
que gordita se va a quedar.

Escena final

Dos hileras de bailarines enfrentados: a la izquierda los gordos, vestidos como en la 1ª. escena del 1er acto; a la derecha los flacos, con ropas ultramodernas, onda “leather”. Los primeros avanzan hacia el centro del escenario bailando un minué, gavota o similar; los segundos ídem con pasos de rock. Cacofonía musical.

Chocan unos con otros y empiezan a agredirse con lo que al principio parecen movimientos propios de la coreografía, pero que van degenerando hasta terminar en estrangulamiento del que está enfrente.

El escenario queda sembrado de cuerpos caídos. Un minuto de silencio y fuerte luz cenital.

O